



Extramuros

vista literaria

Número Cuarenta y tres

Cuarenta y cuatro

AÑO XIII / 2ª ÉPOCA
MARZO-2009

Equipaje del náufrago

Andrés Ollero Tassara

Intervención en la presentación de la obra del mismo título¹ de Rafael Delgado Calvo-Flores. 26 de noviembre de 2008. Salón de Plenos del Ayuntamiento de Granada.

43

LA amistad es siempre el más apreciable regalo. A mí me ha regalado hoy la posibilidad de estar, una vez más en Granada, y sentirme en esta casa de todos particularmente en mi casa. Sólo la amistad puede explicar, por otra parte, que pueda haberse prestado a participar en un acto como éste alguien tan ajeno como yo a su argumento. La única razón alternativa pensable sería que, como en Madrid pasan cosas tan raras, me hubiera allí convertido en agente de la poesía secreta.

La pervivencia de la poesía constituye para mí todo un asombroso milagro. A poco que reflexionemos nos vemos incrustados en una sociedad tecnológica, en la que la dominación explicativa no deja espacio a la contemplación inspiradora. Lo decisivo es la razón científica, que tendría como objeto dominar la realidad; sin tiempo siquiera de extraer de ella a los hombres que no logren escapar... Como consecuencia se niega racionalidad a todo aquello que no proporcione dominio; a nadie podrá pues extrañar que no corran buenos tiempos para la lírica. Sin embargo, el poeta sobrevive; agarrado, al parecer, a un flotador por lo que el título de la obra que hoy presentamos nos cuenta.

Recuerdo mis estudios alemanes de 1970 sobre la metodología de las ciencias sociales, solventados con alguna que otra escapada al muniqués Keller de la *Hofbräuhaus*. Se planteaba el dilema entre un *erklären*, esclarecedor de la realidad descriptible, y un *verstehen*, capaz de comprender lo indescriptible: el *sentido* de ésa o cualquier otra

realidad. La sociedad tecnológica nos incita a aclararlo todo, a riesgo de no comprender nada; nos puede acabar instalando en la absoluta pérdida de sentido.

La razón científica, obsesionada por medir y pesar todo lo que a ello se preste, condena a la irracionalidad el acceso a la belleza; que sabe más de medida que de metraje, de solidez que de tonelaje... Por razones que no son del caso, me estoy familiarizando en estos días con el ambiente casi intemporal de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Su medalla recoge una divisa en latín: "*verum, justum, pulchrum*". Enigmática, sin duda, en una sociedad alimentada por un bachillerato que sólo ha logrado ser de todos a costa de ignorar los transcendentales del ser.

Que el *iustum* tiene que ver con el *verum* es antiguo saber, reservado hoy en exclusiva a los iusnaturalistas, buenos conocedores de en qué medida lo justo se asienta en la naturaleza misma de las cosas; de que lo justo no es sino verdad práctica, fruto de una razón práctica. Que lo bello (lo pulcro más bien parece hoy su caricatura...) tenga también que ver con lo verdadero, no fue asunto unánimemente compartido ni siquiera entre los clásicos. Nos recuerda, sin embargo, que en todo cultivo de la belleza está el *verum* en juego; que cortejar a la belleza es un modo como otro cualquiera (más profundo y lleno de sentido, sin duda) de acceder a la verdad de las cosas.

La poesía aparece así como fruto gozoso de una razón ampliada; ésa

capaz de poner de acuerdo a Habermas y Ratzinger. Ya lo había presentado Antonio Machado, disfrazado de viejo maestro: “Los grandes poetas son metafísicos-fracasados. Los grandes filósofos son poetas que creen en la realidad de sus poemas”². Enlazar con el *verum* al *pulchrum* y al *iustum* no es sino un modo obligado de hacer justicia a la razón.

El ansia de verdad no se sacia con la razón científica, por confortables que puedan llegar a resultar algunos de sus frutos. Acceder a la verdad obliga a adentrarse en lo inefable, tan rebosante de sentido que hace reventar las palabras. Extrañará que un curtido docente de filosofía jurídica, fogueado en más de una batalla política, se adentre en estos berenjenales. Son para mí tan antiguos como, en su día, inesperados. Mi maestro Nicolás María López Calera me animó a buscar huellas de Hegel en Maurice Merleau-Ponty. Para bien o para mal, no coleccioné demasiadas, dada su crianza fenomenológica; pero descubrí todo un mediterráneo, que se plasmaría en mi primer libro³. Leí al malogrado francés de cabo a rabo. Los mismos títulos de sus libros remitían a un mundo para mí nuevo: *Fenomenología de la percepción*, *Signos*, *Sentido y sinsentido*, *Lo visible y lo invisible*... Tampoco caerían en saco roto sus tempranas trifulcas con Sartre a cuenta de *Las aventuras de la dialéctica*.

El *Equipaje del naufrago*, que hoy aquí nos reúne, está forjado en esa dura lucha con las palabras a la que remite una auténtica búsqueda de la verdad y del sentido de las cosas. No encontraremos en él ni un poema en el que el término *palabra* no encuentre lugar. El poema –nos dirá el poeta en la página ochenta

y tres– tiene cuerpo de papel, tinta y palabras. Rafael Delgado vaga afanosamente por su Albayzín buscando la palabra justa, capaz de acercarnos a la verdad. Nos anima así a vivir “la pasión por la palabra finalmente florecida en lucidez”; de nuevo en la página ochenta y tres, y conste que no reitero su cita con afán de demostrar que he leído el libro hasta el final, ya que citar una y otra vez –por ejemplo– la siete habría resultado sin duda sospechoso...

La belleza, por ser verdadera, acaba desbordando la justicia. Se nos hace generosamente solidaria, porque nos abre el acceso a una verdad sin dueño. La captación del *sentido* será, de la mano de una inevitable *interpretación*, siempre tarea de dos: el que escribe y el que lee. El poeta induce a conocer, pero cada lector conocerá –para bien o para mal– a su manera.

Como andaluz, nada para mí más cercano a la belleza que un paso de palio. Reconozco, sin embargo, que la poesía no tiene mucho que ver con ellos; resultan demasiado expresivos, preocupados de no dejar oculta una brizna siquiera de belleza, color u olor. La poesía tiene más que ver, sin duda, con el icono; ese modo de encaminar a la verdad, a través de lo que Pavel Evdokimov caracterizó como un “ayuno de la mirada”⁴. Algo tan absurdo como sugerir que no supondría pena alguna ser ciego en Granada. El icono, y el poeta, no se inmutará ante la objeción y se sentirá orgulloso de llevarnos a ver lo que los sentidos no ven.

Debo terminar... Rafael Delgado Calvo-Flores nos ha acercado a la *verdad* a través de la *belleza*; de *justicia* es que reciba nuestro aplauso.

2. *Juan de Mairena* (Madrid 1936), (ed. de J. M^a Valverde), Castalia, Madrid, 1972, pág. 134.

3. *Dialéctica y praxis en Merleau-Ponty* Departamento de Filosofía del Derecho, Universidad, Granada, 1971.

4. No me habría enterado de ello si no lo cita Josef Ratzinger en su mensaje para el «meeting» de Rímini (Italia) organizado en agosto de 2002 por iniciativa del movimiento eclesial Comunión y Liberación sobre el tema «La contemplación de la belleza».